

# SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO  
MARSHALL T. MEYER

## Heschel y la visión de la Profecía

### *Por Baruj Zaidenknop*

Los seres humanos hemos desarrollado a lo largo de milenios de existencia, distintas culturas y civilizaciones. Algunas han evolucionado, otras se han extinguido, pero cultura y civilización no son otra cosa que artefactos creados por humanos, pues no existen en la naturaleza. Los “naturfactos” son los productos y los resultados de los procesos e interacciones de las fuerzas de la naturaleza. Los “artefactos” o hechos artificiales, en cambio, son los productos y los resultados de las ideas, las acciones, las intenciones, los hallazgos, los interrogantes, los dilemas y las búsquedas de respuestas que los seres humanos nos planteamos ante los misterios de la vida y que conforman culturas y civilizaciones. Cultura no es Natura. Cultura es la inmensa diversidad de las realidades imaginadas, que los seres humanos inventamos y ejercemos a través de patrones de comportamiento, de escalas de valores en acción, de rituales y ceremonias del ciclo de vida, expresadas en celebraciones y conmemoraciones. Por esto es que los seres humanos somos herederos de los legados de la cultura o la civilización y no meros descendientes por continuidad biológica. Y como herederos de los legados, nos hacemos cargo de una herencia, y el hacernos cargo de nuestra herencia implica conocerla, estudiarla, amarla, discutirla, cultivarla, trabajar y vivir en, y con, los principios y valores de esa herencia, para legarla, a nuestra vez, a quienes nos sigan en el camino, a nuestros futuros herederos. Es la secuencia temporal de “*di goldene keit*”, la cadena de oro de enseñanza, de educación, de transmisión y de ejemplo de nuestro pueblo. Puesto que no nacemos “civilizados”, es que los principios y valores de nuestra tradición se enseñan y se aprenden a través de seis “E’s”:

1. Ejemplo
2. Ethos
3. Explicación
4. Emoción
5. Experiencias
6. Excelencia

El maestro Rabino Dr. Abraham Joshua Heschel (11/01/1907, Varsovia – 23/12/1972, New York), con su palabra escrita y oral, con sus acciones y lecciones nos pide y nos enseña a enaltecer nuestra existencia, a darle mayor sentido y significación y a formularnos preguntas trascendentes que nos guíen en nuestros pasos en los senderos de la vida. Muchas de esas preguntas relevantes nos orientan especialmente cuando analiza y explica qué es la inspiración profética.

Para Heschel, el punto de partida que señala esta pregunta, es la conciencia que tenían los profetas de hallarse inspirados, la convicción de que el mensaje que traían a Am Israel, al pueblo hebreo, no era, ni partía de sus propios sentimientos. En un momento de crisis, el propio Moshé Rabeinu pone en juego su autoridad al afirmar que está inspirado por Dios. En Números XVI; 28:

*“... y dijo Moshé: con esto sabréis que HaShem me envió a hacer todas estas cosas y que no las hice por mi propia voluntad”* (heb. Mi’ Libí: “de mi corazón”).

De diversos modos los profetas sostienen que sus palabras no provienen de su propio corazón. En Ezequiel XIII; 2:

*“Ben Adam (hijo del hombre), profetiza contra los profetas de Israel que profetizan, y les dirás a los que profetizan de sus corazones (sus propias inventivas): ¡Oíd la palabra de HaShem!”*

Es decir que sus profecías eran inspiraciones, no invenciones y que era *HaShem* quien los enviaba a transmitir su mensaje al pueblo. En Isaías XLVII; 16:

*“¡Acercas a Mí, oíd esto! No hablé en secreto desde el principio; desde que esto se hizo, allí estuve Yo. Y ahora (dice el profeta), HaShem me ha enviado y también Su espíritu.”*

Por eso Heschel plantea e intenta responder a dos preguntas:

1. ¿Cuál es el significado de la inspiración profética?
2. ¿Cuál es la verdad acerca de la inspiración profética?

La primera pregunta indaga acerca de qué clase de acto se describe bajo el nombre de inspiración profética y la segunda pregunta cuestiona: ¿es verdad? ¿ocurrió en realidad? De aquí es que nos inquiete ¿qué clase de hecho es el que describe la palabra profecía? ¿qué significa?

Es difícil concebir a un ser humano capaz de convertirse en foco de atención del cielo y la tierra y a quien el universo entero pudiera hablarle. La experiencia de haber recibido la palabra de Aquél que es más que el cielo y la tierra posee una grandeza, una dimensión que por comparación hace perder peso a todas las palabras. Cualquier respuesta a las preguntas del tipo ¿cómo acaeció la profecía? ¿Fue una experiencia psíquica interior o una influencia externa? ¿Cuál fue su contexto histórico? Giraría alrededor de lo superfluo, como si el análisis de los signos de puntuación pudiera descubrir el contenido o el significado de una frase o un texto. En cambio, si nos preguntamos ¿qué quería significar el profeta al expresar “*HaShem* habló”?

A fin de comprender las manifestaciones del profeta acerca de su experiencia, Heschel propone considerar los siguientes principios que se vinculan con la esencia de dichas manifestaciones:

### **1. Las palabras y las cosas poseen diversos significados**

En el léxico científico el significado de los vocablos debe ser claro, nítido, sin ambigüedad y debe comunicar con precisión el mismo concepto a todos. En cambio, en poesía (y Heschel también fue poeta) las palabras que tienen un único significado se consideran pobres. Para la espiritualidad, en cambio, la palabra adecuada es la que evoca una pluralidad de significados y a la que es preciso entender en más de un nivel. Lo que es una virtud en el lenguaje científico, es una flaqueza en la poesía o en la expresión espiritual. El concepto de luz tiene un significado acotado para el físico, es un instrumento de belleza en la creación artística y es una expresión de grandeza en la Torá. *Ruaj*, espíritu en hebreo, significa también hálito, viento, y aquél que sólo piense en viento, perderá su sentido más profundo. A *HaShem* se lo llama también padre, pero no en el sentido biológico. El lenguaje de la espiritualidad o de la fe, no toma los vocablos en sentido literal, sino que los inviste de nuevos y desafiantes significados.

## 2. Las manifestaciones de los profetas son reticentes, ambiguas e indirectas

Los escritos bíblicos parecen expresarse con ampulosidad, con elocuencia y a veces con extravagancia. Pero a poco que lo meditemos, descubrimos que lo que suena grandilocuente, es reticencia y austeridad de expresión, dado que los profetas adaptaron sus palabras a la capacidad del entendimiento humano. “*HaShem* habló” no debe ser tomado en forma simbólica. Como bien señala Heschel, un símbolo no hace surgir un mundo de la nada. De aquí que “*HaShem* habló” es más que literalmente real.

## 3. El lenguaje de la profecía es la expresión de la grandeza y el misterio

El sujeto del lenguaje bíblico está pendiente de la inmensidad de la Creación por lo que su lenguaje para la revelación es el de la gloria, la majestuosidad y la imponencia junto con el enigma y el secreto de la “*Creación Yesh Me’ ayin*” (Creación ex-nihilo). Al leer “La palabra de *HaShem*” o “*HaShem* habló”, percibimos la fuerza de dicha creación, pues Su palabra es la única que tiene ese poder. *HaShem* dijo: “Haya... y Hubo”. Tal como leemos en *Tehilím*, Salmos XXXIII; 6 y 9:

*Por la palabra de HaShem fueron hechos los cielos; y todo el “ejército” de ellos por el aliento de su boca”*

*“Porque Él dijo: (“¡Sea!”) y fue; Él ordenó y (el mundo) se presentó.”*

Un mundo sublime y magnífico. Mas si no fuera por Su palabra, no habría ni mundo, ni sublimidad ni magnificencia. ¿Qué es la palabra de *HaShem* para los profetas? Comprobamos en Jeremías XXIII; 29:

*“¿No es mi palabra como fuego, dice HaShem, y como un martillo que parte la roca en pedazos?”*

La calidad extraordinaria y única de la palabra divina radica en su grandeza y en el misterio de su omnipotencia. La fuerza de Su poder creador dio nacimiento al mundo material y el espíritu de su poder revelado dio nacimiento a la Torá.

## 4. Existe una distinción entre palabras descriptivas e indicativas

Continuando con el lenguaje, Heschel propone reflexionar acerca del repositorio de ideas que anida en la mente humana. Algunas de esas ideas son definidas y se expresan claramente en vocablos precisos, en tanto que otras se resisten a definiciones y permanecen inefables. Al igual que con las palabras, las hay de dos clases: las voces *descriptivas* que establecen una relación unívoca fija respecto de significados definidos, tales como los sustantivos comunes o los términos científicos; y las voces *indicativas*, situadas en una relación dúctil y fluida respecto de significados inefables y que en lugar de describir o definir, indican algo que intuimos, pero no podemos elucidar. No logramos comprender con certeza o reproducir en nuestra mente el significado y el contenido de palabras tales como dios, tiempo, belleza o eternidad. Y por ello comunican un cúmulo de significados que no pueden ser dichos, explicados o descritos con palabras, generalmente por tener cualidades excelsas o por ser muy sutiles... ¡y eso es lo inefable! Su función no radica en remitirnos a una definición preexistente o un significado preconcebido, sino en guiarnos en el proceso de introducirnos en una realidad que representan. Las palabras descriptivas evocan una idea que nuestra mente ya posee, en cambio lo que originan las palabras indicativas no es un recuerdo sino un intento de respuesta; son

# SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO  
MARSHALL T. MEYER

esas ideas desconocidas y significados no comprendidos hasta el instante del encuentro con ellos, lo que provoca esa búsqueda y necesidad de argumentación y réplica. Hay vocablos que son, a la vez, descriptivos e indicativos. Para un ingeniero, un agrimensor, un meteorólogo o un capitán de navío la palabra “viento” define con precisión una masa de aire en movimiento en una determinada dirección y a una determinada velocidad y la voz “alba” refiere a un momento definible por la hora del día o el huso horario. Pero el verso de un poema que canta “*el viento que suspira antes del alba*” no fija una hora en la que piensa el poeta ni la dirección o la intensidad del viento. Heschel orienta para que cuando leemos, por ejemplo, en el Génesis acerca de la escalera de Yaacov, la percibamos como *indicativa* y no preguntemos con ingenuidad cuántos escalones tenía.

## 5. Las manifestaciones proféticas exigen receptividad

Tomar una palabra de forma literal significa reproducir in-mente el concepto, la idea o la cosa que esa voz denota y con la cual se halla asociada en nuestra memoria. Es evidente que sólo a las voces descriptivas se las puede tomar literalmente. En cambio, las palabras indicativas deben ser tomadas con sensibilidad y delicadeza, es decir con una manifiesta voluntad de receptividad. A fin de comprenderlas es preciso dejar a un lado los significados preconcebidos y aceptar que las palabras indicativas no son definiciones ni retratos, sino *pistas* que sirven de *guía* y sugieren una línea de pensamiento. El “*HaShem habló*” se refiere a una idea que no está en su medio habitual en la mente, por lo que la manera de comprender su significado es asumir una actitud receptiva, de respuesta. Entonces, si la palabra es una pista, el peso real de su comprensión siempre recae sobre la mente y el alma de lectores, intérpretes y maestros.

Por eso, el “*HaShem habló*” se refleja en el diálogo que mantiene con el profeta Elías, en Reyes I; XIX; 11,12, 13 y 14:

*“Y entonces le dijo: Sal afuera y ponte de pie en el monte delante de Adonai. Y he aquí que Adonai iba pasando; pues un viento grande e impetuoso rompía los montes y hacía pedazos las peñas delante de HaShem; mas Adonai no estaba en el viento; y después del viento hubo un terremoto; mas HaShem no estaba en el terremoto;*

*Y después del terremoto, un fuego; mas HaShem no estaba en el fuego; y después del fuego una voz callada y suave (Kol demamá daká).*

*Y aconteció que luego de oír la voz, Elíahu cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso de pie a la entrada de la cueva. Y he aquí que le llegó una voz que dijo: ¿Qué haces aquí Eliahu?*

*A lo que dijo él: Muy celoso he sido por causa de Adonai, el Dios de los ejércitos, porque los hijos de Israel han desechado Tu pacto, han derribado Tus altares, y han muerto a espada a Tus profetas; y he quedado yo solo; y buscan mi alma (mi vida) para quitármela.”*

Y para que el relato sea un real suceso, es decir que tenga tal relevancia que, aun habiendo ocurrido una sola vez, debe transformarse en una referencia única que a la vez es permanente. Todos estuvimos a los pies del Monte Sinaí. A diferencia del relato de procesos que por ser repetitivos y permanentes no pasan a ser referentes identitarios de la civilización y la tradición judías. Lo comprobamos en Éxodo XIX; 18:

*“Y el Monte del Sinaí estaba humeando todo él, porque Adonai había descendido sobre él en fuego; y subía su humo como el humo del horno y todo el monte temblaba en gran manera”.*

# SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO  
MARSHALL T. MEYER

Y más aún en Deuteronomio IV; 11 y 12:

*“Os acercasteis, pues y estuvisteis al pie del monte; y el monte se abrasaba en fuego hasta el corazón de los cielos, en medio de oscuridad, y nube y densas tinieblas.*

*Y habló Adonai con vosotros (con todos nosotros, en todas las generaciones, pasadas, presentes y futuras) de en medio del fuego; una voz que hablaba oísteis, mas no visteis figura alguna, tan solo una voz.”*

¿Cómo fue, o es posible la revelación? ¿Cómo concebir que lo eternamente oculto se torne revelado? Sin nombre y sin cuerpo.

La revelación no solo radicó en que HaShem hablara, sino también y especialmente, en que el hombre fuese capaz de escuchar y aceptar. La profecía, dice Heschel, enseña que su mensaje es eterno si somos capaces de escucharlo y aceptarlo. Al escucharlo y al aceptarlo volvemos a asistir una y mil veces maravillados y conmovidos a la permanente asamblea de todas las generaciones del pueblo judío a los pies del Monte del Sinaí.